



## Ginecología y Obstetricia

© Sociedad Peruana de Obstetricia y Ginecología

**Ginecol. obstet.** 1995; 41 (1): 30-37

### HISTORIA DE LA MEDICINA

#### La Época de Carrión (1859-1885)

FERNANDO CABIESES

Durante los últimos 110 años, los médicos peruanos hemos oído repetir la historia de quien marcó, con el sacrificio de su vida, las pautas de entrega que sirven de orientación a todas las generaciones de hombres y mujeres dedicados; a la salud de nuestros congéneres. Relatar nuevamente la biografía de Daniel Alcides Carrión y repasar en detalle los hechos que condujeron a su magnánimo gesto ha de resultar redundante para muchos e innecesario para los demás. Pero hemos de rendir homenaje a los 110 años.

En 110 años, toda la *medicina* ha cambiado. Ha cambiado la misma escena de la civilización mundial y, desde luego, es otra también la estructura social y otras las circunstancias en que se desenvuelve nuestra nación en el campo de la ciencia y de la salud. Recordar a Carrión es pues, no solamente rememorar su heroica entrega. También debe ser repasado, aunque fuera en forma disgregada y fragmentaria, la época que lo engendró, las ideas que impregnaban la Medicina de entonces, las luminarias intelectuales que hacían de brújula para los jóvenes de su generación y los elementos culturales, sociales y científicos cuya aparente solidez le permitió concebir un sacrificio, tan singular. Porque la obra de un hombre cuya vida se convierte en paradigma de su generación no puede ser estudiada aisladamente. Todos nosotros somos expresión individual de una conciencia colectiva y el estudio, de nuestra acción no puede ser realizado sin tener en cuenta la sociedad en que vivimos y las ideas que estructuran nuestra comunidad. Cada uno de nosotros es un ser humano, del siglo XX. Carrión fue un peruano del siglo XIX y así debemos verlo. Es sobre ese siglo XIX, sobre los grandes hombres que realizaron la revolución científica de ese siglo y que inspiraron los actos de Carrión, sobre los que quisiera escribir ahora, en justa memoria del Mártir de nuestra Medicina.

No es exagerado, declarar que el siglo XIX produjo más cambios en la cultura de la humanidad que los que pudieron acumularse en la docena o más de siglos que lo precedieron. Fue hasta entonces, ese siglo XIX, el siglo más revolucionario de la historia; y de no haber sido por todo lo que la humanidad hizo en ese siglo, nada de lo que ahora sucede en el siglo XX habría sido posible. No solamente se revolucionó el pensamiento político, las bases de la economía, las pautas del comportamiento social y la estructura filosófica, sino que se desencadenó la mayor revolución de todas: la revolución de la comunicación. Se vio entonces finalizada la navegación a vela y el correo, a caballo para abrirse la perspectiva del transatlántico a vapor, del ferrocarril, del automóvil, del telégrafo, del teléfono y de la comunicación inalámbrica. Y así como el romanticismo de la era Napoleónica fue destronado, por las sobrias y austeras pautas de la sociedad Victoriana; así como, el imperialismo colonialista fue retado a muerte por las primeras semillas del socialismo, y de la democracia, las sangrías, las dietas, las purgas y los vomitivos, los enemas y los jeringazos que dominaban la Medicina de comienzos del siglo dieron pronto paso a las ideas racionales que servirían de base a la Medicina que Carrión recibió de labios de sus maestros.

En unos cuantos años, las largas horas nocturnas de los estudiosos que leían a la luz de una vela se hicieron menos penosas bajo la iluminación a gas y pronto fueron favorecidas con el descubrimiento de Edison. En unos cuantos años vividos por los contemporáneos y los maestros de Carrión, el hombre, cuyo trabajo, transporte y comunicación siempre habían dependido del tejido muscular propio o de sus animales, se independizó mediante la máquina de vapor de Watt, el barco a vapor de Fulton, la locomotora de Stephenson, el teléfono de Bell, el fonógrafo de Edison y los comienzos de la navegación aérea.



DANIEL A. CARRION



Si un antropólogo ingenuo tuviera que comparar a la humanidad Napoleónica con la humanidad de la Guerra del Pacífico, podría fácilmente concluir que se trataba de dos civilizaciones totalmente diferentes. Quizás, al lado de la desquiciante revolución de las comunicaciones, el cambio que mayormente marca al siglo XIX es la emergencia del humanitarismo. Fue en ese siglo cuando, en todos los países civilizados, fue abolida la esclavitud, cuando se dieron las pautas que regulaban el trabajo, especialmente el de los niños y de las mujeres; cuando sobrepasaron el ámbito del proselitismo, religioso los movimientos ciudadanos de ayuda a las clases necesitadas; cuando se comenzó a proteger los derechos y la seguridad de los trabajadores de la minería y de la industria y cuando el rol de la mujer en la sociedad moderna comenzó a ser revisado. Fue en ese siglo cuando se fundó la Cruz Roja.

En el Perú, fue el siglo de la Independencia, en cuya gestación y consolidación intervinieron activamente muchos miembros de la profesión médica. Fue el siglo de un régimen republicano inicial, presa del caos y del desorden de una sociedad joven, rebelde, soberbia en su libertad recién conquistada. Fue el siglo en que la sobria mano de Castilla abrió las puertas al imperio de la Ley. Fue el siglo en que, ya en plena vida de Daniel Carrión, la nacionalidad recién integrada recibió el cruel impacto de la bota invasora y se tiñeron nuestros mares y nuestros médanos en sangre patriota. Fue el crítico siglo de las terribles, catastróficas disensiones internas. Y también fue el siglo en el que Cayetano Heredia reincorporó a la universidad de San Marcos el estudio de la Medicina y envió a sus discípulos a beber en Europa de las fuentes del saber para retornar a la Patria a estructurar la Medicina que estudiaría Daniel Carrión. En ese siglo se construyó los ferrocarriles y se unió las Ciudades del Perú con líneas telegráficas y se inició con brío y entusiasmo la revolución de la comunicación que permitiría que jóvenes provincianos como Carrión pudieran venir a Lima a seguir sus estudios.

Viajar de Cerro de Pasco a Lima antes del ferrocarril implicaba una penosa peregrinación que duraba un promedio de diez días por caminos plagados de asaltantes y asesinos.

Sabemos muy poco de las ideas políticas de Carrión; pero un hombre estudioso e inquieto como, él, inflamado por las ideas de la época, rebosante de la curiosidad inmanente de su edad y aún, podríamos decir, rebelde contra las ideas establecidas, tal como se deduce de su forma de pensar en el asunto específico que lo llevó al sacrificio, no podía dejar de estar influenciado por las grandes discusiones ideológicas que hicieron eclosión a partir de las ideas de Hegel en la primera parte del siglo y de sus seguidores, con Marx y Engels por un lado y el anarquista Proudhon por el otro, así como por las enseñanzas del francés Augusto Comte y del inglés Herber Spencer, que establecieron la filosofía positivista para oponerse el nihilismo de Schopenhauer y de Nietzsche.

No es que tengamos algún dato de cómo pensaba Carrión sobre estas tendencias, ni siquiera que sepamos si leía y no estos temas. Pero es indudable que los círculos universitarios que él necesariamente frecuentaba no eran impermeables a las ideas predominantes de la época. Y no pudo, como, estudiante de Medicina, ignorar el pensamiento del gran revolucionario de la biología, Charles R. Darwin (1809-1882), que murió tres años antes que él y que desencadenó terribles batallas académicas y religiosas sobre el origen de las especies y del hombre. Darwin fue, indudablemente, el abanderado, de la revolución científica de la juventud de entonces.

Veinte años antes de la muerte de Carrión se había iniciado en París la revolución de la pintura, cuando los artistas que habían sido marginados del gran Salón de Exposiciones comenzaron a mostrar sus cuadros en el entonces llamado, "Salón de los Rechazados" (Salón des Refusés). La gente acudió a reírse de las obras de quienes pronto serían reconocidos como los grandes maestros del arte moderno y, en vida de Carrión, el público comenzó a aplaudir el impresionismo de Pissarro, el salvaje naturalismo de Gauguin, el colorido esquizoide de Van Gogh, la geometría subyugante de Cézanne, la imaginería puntillista de Seurat, el lápiz satírico y cruel de Daumier y, en fin, las obras ahora maestras de Degas, Toulouse-Lautrec, Manet, Monet, Renoir y tantos otros.

Era la época en que comenzaba a desarrollarse el "art nouveau" tras los afiches de Mucha, que invadían el hogar con nuevos conceptos de estética y armonía. Era la época en que Rodin admiraba el mundo, con la fuerza de su escultura y el erotismo de sus diseños. Era los días en que Víctor Hugo encandilaba a las multitudes; cuando Dickens rompía las barreras de la narración. Cuando, Emile Brontë empañaba con lágrimas los ojos de sus lectores y Emilio Zolá se atreva con los secretos de alcoba. Era la era de Strauss y de Listz, de Brahms. Era la ruptura con el pasado. La ciencia toda estaba en plena revolución. Cuando se inició el siglo, los mapas del firmamento identificaban solamente unos tres mil astros en el espacio. Cuando Carrión moría, el catálogo de estrellas clasificadas tenía ya más de 400 000 nombres!



A principio del siglo, el inglés Dalton resucitó la antigua teoría griega del átomo: y cuando Carrión moría, ya el ruso Mendeleev había publicado su clasificación atómica de los elementos de la naturaleza. A comienzos del siglo, comenzó la síntesis de algunos compuestos orgánicos en el laboratorio, provocando tormentas ideológicas entre quienes sostenían que la producción artificial de compuestos biológicos era terreno vedado para el hombre: pero cuando Carrión moría, ya el alemán Von Stradunitz había perfeccionado la teoría del anillo benzénico que abrió las puertas al desarrollo masivo de la química orgánica y, al fin del siglo, se había analizado y sintetizado más de 70000 compuestos biológicos. Fue en ese siglo también cuando George Cuvier dio nacimiento a la paleontología, cuando Gregorio Mendel trazó el surco inicial de la genética y el botánico holandés Des Vries lanzó la teoría de las mutaciones que comenzaría a explicar los postulados de Darwin.

Daniel Carrión no pudo ignorar el trabajo de un joven como él, el famoso anatomista Xavier Bichat, que murió al empezar el siglo XIX. Como lo llamaron en su epitafio, este "Napoleón de la Medicina", a quien todos conocemos por su gran contribución a la anatomía y cuyos escritos estuvieron evidentemente en manos de Carrión, fue el que planteó la teoría de los tejidos como unidad morfológica y fisiológica del organismo. Sin los trabajos de este iluminado joven, que durante el invierno que precedió a su prematura muerte a los 31 años (1771-1802) realizó la minuciosa disección de 600 cadáveres trabajando obsesivamente día y noche, la visión sintetizadora y madura de Virchow no habría sido posible. Virchow, a quien se llamó el Pontífice de la ciencia, fue el gigante hacia el cual todos volteaban la mirada en el tiempo de Carrión. Fue él, desde su activo laboratorio en Berlín, quien trajo abajo la teoría de los humores, un sistema científico que había servido de almacén para que los médicos de los últimos veinte siglos, desde Hipócrates y Galeno, explicaran el proceso de todas las enfermedades. Las alteraciones de los cuatro humores del organismo, la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra, eran la causa de todas las dolencias humanas. En Viena trabajaba arduamente Carl Rokitansky (1804-1878), un científico checo que dirigía el Instituto de Patología. Era un trabajador incansable que, en 50 años, realizó 60 000 autopsias y, basado en ese riquísimo material, era un arduo defensor de la teoría de los humores. Virchow lo destruyó primero con habilísimos argumentos científicos y después con crueles ataques; personales. Un discípulo de Rokitansky, el vienés Joseph Skoda, entristecido por la derrota de su maestro (1809-1881), encabezó con valentía y decisión la escuela nihilista en terapéutica al verse desilusionado por el estudio estadístico de los métodos curativos tradicionales: la sangría, las dietas, las purgas, los diaforéticos y los mil remedios de la polifarmacia fueron cayendo uno, tras otro bajo la guadaña implacable del nihilista Skoda, que murió cuatro años antes que Carrión y que allanó el camino para nuevos conceptos en la ciencia de curar. Allí en Viena, la Ciudad que habría sido sede aquel gran Congreso que reunió a todos los monarcas del mundo europeo, al desmoronarse la hegemonía napoleónica, Virchow destruyó la milenaria teoría de los humores. Describió el organismo como una comunidad de células y definió la enfermedad como una modificación de la vida, producida por la reacción celular contra estímulos anormales. Fue entonces cuando el genial patólogo habló sobre la "democracia de las células" oponiéndose al "imperialismo absolutista de los humores" que hasta entonces había dominado en el pensamiento científico.

Por otro lado, Carrión realizó sus estudios cuando un gran hombre acababa de morir después de cambiar totalmente los conceptos de la fisiología. En el laboratorio de Claude Bernard, la fisiología se había sacudido de las cadenas del pensamiento metafísico y se había lanzado a los fructíferos huertos de la ciencia experimental. La mente versátil y aventurera de este gran francés, hijo de un modesto agricultor, había roto con el pasado y, a través de largos y penosos trabajos en su laboratorio, había descubierto los maravillosos caminos de una nueva ciencia de la vida. Bernard, un fracasado autor de obras teatrales, un fracasado en su vida matrimonial, un fracasado en la política universitaria y un fracasado en sus primeros pasos en el laboratorio, se convirtió en el Padre de la Fisiología moderna. Alguien ha dicho con razón que no fue un fisiólogo: ¡fue la Fisiología misma!

Fue Bernard un genio que necesariamente ha de haber inspirado a todos los jóvenes de la generación de Carrión por su audacia y su seriedad de propósito. Mientras en sus ratos de ocio escribía obras de teatro, el joven francés dedicaba largas horas de trabajo en perros callejeros, con instrumentos diseñados y fabricados por él, en la mortecina luz de una buhardilla. Así descubrió la función glucogénica del hígado, la diabetes ocasionada por lesiones; del sistema nervioso, la función del jugo pancreático, el metabolismo de los carbohidratos, la función del músculo liso y la acción del curare y de otros venenos exóticos.

En Rusia ya aureaba la escuela fisiológica de Pavlov, quien haría crujir las bases de la fisiología cerebral y desarrolló una amplia gama de conocimientos sobre los reflejos condicionados que regulan la vida vegetativa. Pero todos estos grandes cambios en las ciencias básicas, que iban afirmando los cimientos de la Medicina de nuestro siglo, son contraparte pálida de los enérgicos avances en el conocimiento de las infecciones, que convergían hacia el clímax del sacrificio de Carrión. Solamente veinte años antes de que muriera nuestro héroe, había muerto, abandonado y escarnecido en un asilo de dementes, el gran pionero de la infectología, Ignacio Semmelweis (1818-1865), quien logró penetrar el misterio de la transmisión de la infección puerperal y que murió víctima de una septicemia de





mecanismo similar a la enfermedad que él había derrotado sin que sus contemporáneos lo comprendiesen realmente.

CHARLES DARWIN

En la misma década del sesenta, un químico llamado Louis Pasteur estableció la entonces llamada teoría de los gérmenes y, en la siguiente década, cuando Carrión se preparaba en Tarma para venir a estudiar Medicina en Lima, un cirujano inglés Joseph Lister (1827-1912) aplicó a la cirugía las ideas de Pasteur y creó la antisepsia. Fue un momento crucial de la Medicina, que ocurrió justamente durante la adolescencia de Carrión. La teoría de los gérmenes, producto de la mente genial de Pasteur, se convirtió pronto en la base esencial de toda una nueva concepción de la enfermedad y constituyó así la más grande contribución a la Medicina ocurrida en el siglo de Carrión. Revolucionó todos los conceptos y no pudo dejar de influenciar nuclearmente el pensamiento de todos los jóvenes; de entonces. Y la cadena continuaba, porque al descubrimiento de la anestesia con éter, con cloroformo, y con óxido nitroso que había conquistado el dolor a mediados de siglo, se agregó el descubrimiento de la anestesia local con la cocaína peruana en 1884, un año antes de la muerte de Carrión. La cirugía tenía ahora el campo libre para dar el salto genial hacia su total desarrollo. La ciencia había derrotado a sus dos grandes enemigos: la infección y el dolor. 1885: Carrión estaba allí, inocente de todo, es verdad, pero parte de la escena.

En 1873, cuando nuestro mártir se matriculaba en el Colegio de Guadalupe, un eminente médico británico, Sir John Erichsen declaraba solemnemente que el abdomen, el tórax y el cerebro estarían siempre vedados al cirujano sabio y humanitario. Cuando Carrión moría, doce años después, estas tres cavidades habían sido ya conquistadas por el bisturí pionero de cirujanos en todo el mundo civilizado. Bilroth y sus discípulos penetraron en el abdomen y en el tórax y, en Inglaterra, Horsley se atrevía con el primer tumor cerebral. Los cuatro grandes de la medicina de entonces, Welch, Halstead, Osler y Kelly, admiraban al mundo científico en la época de Carrión.

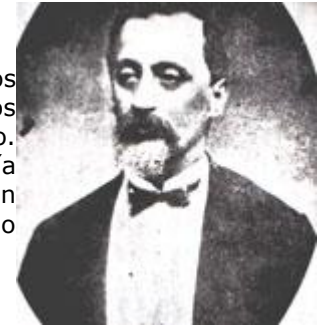
Pero acerquémonos más al escenario. Esas cosas y esas circunstancias que hemos relatado para describir el estado de la civilización en la época de Carrión, son la imagen de Europa. Pero... ¿qué pasaba en el Perú? ¿estaba Carrión realmente enterado de todos estos hechos o es que estamos ahora tratando de construir una imagen utópica e irreal de quien se convirtió en paradigma de nuestra medicina. Remontémosnos unos años a los mediados del siglo pasado.

#### CAYETANO HEREDIA



Fue Cayetano Heredia el verdadero artífice de la revolución científica que la Medicina peruana experimentó durante la segunda mitad del siglo XIX. No solamente porque fue un científico, a carta cabal, maestro infatigable y organizador eximio que supo administrar los talentos de sus innumerables discípulos, sino porque fue el guía, el protector, el verdadero mecenas del puñado de hombres que formaron la nueva Facultad de Medicina; hombres a quienes Heredia tomó de la mano desde jóvenes y, como, padre amoroso y solícito, envió a Europa, donde los sostuvo y los aconsejó y de donde logró recuperarlos para que regresasen al Perú a elevar el nivel científico de la Medicina. Ese grupo de hombres fue el semillero de ideas y de personalidades de donde más tarde surgiría Daniel Carrión.

Fueron los maestros del héroe y él no puede ser comprendido, sin tomar en cuenta los méritos de quienes contribuyeron a su formación. Muñoz, historiador módico de la época diría, antes de su prematura muerte, que la Facultad que salió del genio creador de Heredia no tenía igual en todo Sudamérica y era la mejor y más completamente organizada. No podía haberse obtenido un producto inferior si vamos a juzgar por el contenido de las cartas que Don Cayetano escribía a sus muchachos mientras ellos permanecían en Europa...: Estudia día y noche ¿decía? Recorre los clásicos y léelos con meditación. Sirve de guía a tus colegas... indícales lo que deben estudiar... y anímalos en su empeño de venir después a ser útiles a su patria... Y regresaron. Y cumplieron. Y se unieron a quienes ya estaban aquí.



ANTONIO RAIMONDI

Desde 1859 estaba en el Perú Don Antonio Raimondi, excelso naturalista cuyos méritos científicos no necesitamos realzar. Fue Don Antonio uno de los maestros de Carrión, en el curso de Botánica Médica que se estudiaba en el segundo año. Allí, bajo el rígido control del maestro italiano, que más tarde lamentaría consternado su muerte, Carrión aprendería las estrictas pautas de la observación y del rigor científico. Muchos fueron sus maestros y no se hace necesario mencionar a todos.

Don Manuel Odriozola, hijo del ilustre coronel del mismo nombre y padre del no menos ilustre Don Ernesto, desempeñaba el Decanato de la Facultad de Medicina cuando Carrión era estudiante y un año antes del sacrificio de nuestro mártir, dio a todos los médicos y estudiantes de entonces un iluminado ejemplo y bonhomía, dignidad y profundo sentido de honor profesional. En OCTubre de 1884 se produjo el escandaloso incidente: por un inconsulto abuso de autoridad presidencial, que resultó en la violación de la autonomía universitaria y el menoscabo de la dignidad académica, Odriozola resultó destituido de su alto cargo y todos sus catedráticos renunciaron acompañándolo en su digna posición. Su actitud correspondió a la pauta social de entonces; pero es indudable que, como puede deducirse de los documentos de la época, la Situación de la Facultad ya no era, en tiempos de Carrión, la que tan ensalzada había sido en tiempos de Cayetano Heredia. Odriozola estuvo ausente de la Facultad durante todo el año 1884, siendo reemplazado por el Dr. Corpancho.

Después, con el triunfo de Cáceres, Odriozola regresó al Decanato y fue Presidente del Senado. Pero, aunque su hijo Ernesto fue discípulo de Carrión, aunque su pluma fue siempre correcta y siempre interesada en los asuntos nacionales y aunque fue el primer peruano que publicó en el extranjero una nota sobre la verruga, Don Manuel Odriozola nunca escribió una sola palabra sobre el sacrificado estudiante.

José Casimiro ulloa, gran patricio de la Medicina de hace 100 años, se distinguió como el pionero de la Psiquiatría en el Perú. Fue el que impuso el humanitarismo en los hospicios de alienados, bien llamados en esa época Loquería de San Andrés y Loquería de Santa Ana. Fue quien introdujo las enseñanzas de Pinel y de Charcot. Pero, además, fue la mente organizadora y administrativa que, como Secretario Permanente de la Facultad de Medicina, de la Academia Libre y de la Academia Nacional de Medicina, supo capear el temporal económico que asoló la enseñanza médica de esa generación a la que Carrión perteneció. Cuando Carrión moría, don José Casimiro estaba exiliado en el Ecuador por su apoyo político a Andrés Avelino Cáceres. Don Celso Bambarén que estuvo en Europa como testigo, de las demostraciones experimentales de Claude Bernard y de Brown-Sequard, fue quien enseñó Anatomía a la generación de Carrión, volcando en sus lecciones los conceptos filosóficos que entonces revolucionaban la Medicina. Es casi seguro que, por haber estado exiliado en Guayaquil, no alcanzó a ser maestro directo de Carrión sino unos cuantos dudosos meses. Las enseñanzas de Darwin, de Lamarke, de Pasteur, matizados con el agnosticismo que entonces hacia eflorescencia en los círculos académicos provocó la airada reacción del Arzobispado de Lima y no pocas censuras entre las mentes conservadoras de la universidad. Entre otras cosas, se declaró "enemigo personal de Jesucristo", un gesto que no resultó muy popular en la confesional Lima de entonces.

Dos años antes de que Carrión ingresara a la Escuela de Medicina, el profesor de cirugía, Don Lino Alarco, llevó a cabo la primera operación abdominal, extirpando con éxito un gran quiste del ovario. Desde 1847, otro de los profesores quirúrgicos de Carrión, Don Julián Sandoval, había introducido en un tópico de la Botica Remy, el uso de la anestesia general con éter y, un año después, se generalizó el uso del cloroformo. Ambos; anestésicos eran de uso común en el tiempo de Carrión.

Los profesores de clínica Médica de nuestro héroe fueron José María Romero y Leonardo Villar. El primero no tuvo una actuación muy notoria, aunque era módico de alta categoría, como para haber sido el primer presidente de la Academia Nacional de Medicina. El profesor Villar fue originalmente maestro de Anatomía Patológica y fue en su servicio del Hospital 2 de Mayo donde Carrión se inoculó. Posteriormente a su muerte, que Villar sobreviviría por quince años, el maestro no cesó de lamentar la fatalidad del sacrificio y la nobleza del acto. Pero, siempre se ha comentado la poca importancia que Villar le dio a Carrión mientras éste estaba enfermo en su buhardilla.

El sistema hospitalario había experimentado en el Perú, desde mediados de siglo, una marcha paralela a los otros aspectos de la Medicina. Los vetustes hospitales coloniales crujieron pronto bajo el impulso demográfico y bajo las epidemias ocasionadas por las migraciones y por el aumento de la comunicación. En todo el mundo caían las murallas de las ciudades para abrir paso al ensanchamiento urbano, y Lima, la ciudad amurallada por el Duque de la Palata sufrió también las heridas de la picota destruyendo el cerco que la ceñía. A mediados del siglo,



comenzaron a desintegrarse los bastiones que rodeaban nuestra capital, y los planos del fin del siglo ya la comenzaron a mostrar libre de ataduras y lista para despegar hacia un crecimiento, sin límites. La Lima de la época, cambiante y variada, nos llega a través del arte de los dibujantes o del lente de los diez fotógrafos que por ese entonces vivían en la capital. La tapada limeña ya había casi desaparecido. A partir de 1869, la saya y manto tocaban ya la retirada y las zambas salerosas lucían sus regordetas mejillas perfumadas de mistura. En las casonas limeñas, que iban cayendo bajo la modernización cruel y despiadada, aparecían ya las nuevas modas traídas de Europa, y el calzón corto de los caballeros era rápidamente reemplazado por el pantalón. Las tres razas del Perú, la india, la blanca y la negra serían pronto hermanadas por la raza china que llegaría en oleadas de una esclavitud mal disfrazada después de que Don Ramón Castilla le había dado al negro, la libertad y había abierto la entrada al oriental. Kuan Beng y Chong Fung son los dos primeros médicos; chinos que llegaron a Lima en 1865.

## GUERRA CON CHILE

En los cuarteles, el soldado y la rabona daban la nota del mestizaje y en el Paseo de los Descalzos, al lado de los Plutócratas elegantes, surgía el zambo de poncho y sombrero que Pancho Fierro supiera mostrarnos con elegante realismo. Poco tiempo había que las acequias abiertas y mal olientes de la plaza de Armas que se ven en los grabados de 1860 habían sido cubiertas y aunque algunas joyas de la arquitectura colonial continuaban adornando la ciudad como hasta hoy, otras como las monumentales portadas de la muralla, daban paso al progreso y grandes edificios, como la Penitenciaría y como el Palacio de la Exposición comenzaban a surgir en lo que hasta entonces había sido extramuros. Y no terminaría la década de los 70's antes de que apareciese el tranvía de tracción animal, de que fuese inaugurada la dársena del Callao y de que el arreglo de calles y plazas de la capital le fueran dando a la Lima republicana los privilegios de una ciudad moderna.



Pancho Fierro seguía pintando y los médicos desfilaban ante o en su caballo, el Dr. Francisco Cervera, el Dr. Santitos, el Dr. Copello, el Dr. Arguedas. Ya se encontrarían nuevamente el 28 de julio de 1879, en una de las Salas del Hospital 2 de Mayo, donde el zambo acuarelista murió a los 69 años de una neumonía gripal.

Allí vivía Carrión, en esa Lima Torera de banderillas y trajes de luces. En esa Lima del coso de Acho al que llegaban los calesines llevando a damas de alcurnia. Lima de Pregones y de gallos y de tardes adormecidas del verano en Chorrillos y de inviernos criollos; y neblinosos en Amancaes. Lima de arrieros; cargando pisco dulzón, de señorones de tarro, y levita y de aventuras marineras que recalaron en un comercio de helados en la calle de zambas fruterías, dueñas de la esquina. La Lima de Ricardo Palma, de Benjamin Cisneros, de Arnaldo Márquez, del pintor Lazo y de Juan de Arona. La Lima de los caudillos y de asonadas con ahorcados como péndulos fatales en las torres del gran templo.

## HOSPITAL 2 DE MAYO



En otra ocasión me he ocupado de la historia de nuestro querido Hospital 2 de Mayo. Y todos hemos leído el nutrido y sabroso anecdotario que la fútil pluma de Víctor Alzamora nos dejó antes de inmolar su vida a la memoria de Cayetano Heredia. Recordemos que, cuando fue inaugurado el 2 de Mayo, era el hospital más moderno de todo el continente. Que nació a la vida médica el mismo año en que se inauguraba el también famoso Hospital John Hopkins en Baltimore y que, después de acoger el último suspiro del criollo acuarelista Pancho Fierro, el 29 de julio de 1879, fue utilizado por las fuerzas chilenas de ocupación y no fue reabierto para el uso de los civiles peruanos sino hasta principios de julio de 1885, unas semanas antes de que Carrión se inoculara en una de sus salas.

En este hospital, orgulloso de su prestancia, hallado por el invasor y renaciente en la alborada de una nueva vida de fervor patriótico, Carrión decidió la acción que lo llevaría a la gloria. El promedio diario de ocupación del 2 de Mayo era de 370 pacientes, con un movimiento de 17 admisiones por día. Y para recordar que era el siglo X y no el XX, mencionaremos que el Cuerpo Médico del Hospital estaba constituido por cuatro médicos titulares (Villar, Lino Alarco, Cervera y Quiroga), dos médicos auxiliares; brujo y Montero), cuatro alumnos internos y cinco externos, uno de los cuales era Carrión.

A Carrión le tocó vivir uno de los momentos más graves de la historia peruana. La década que precedió a su muerte estuvo plagada de trastornos políticos, militares y financieros que, entre otras cosas, llevaron al total deterioro de la enseñanza médica.



Manuel Pardo, el primer presidente civil del país, que había triunfado sobre el tradicional militarismo, vio destruidos sus ideales políticos y económicos por una de las mayores crisis fiscales; de nuestra historia, que impidió la llegada a la Facultad de Medicina de los recursos necesarios para mantener el alto nivel que había alcanzado a raíz de los esfuerzos de Heredia. Al lado de estos problemas financieros, Pardo tuvo que sofocar dos largas docenas de asonadas, revoluciones de bolsillo y mal coordinados golpes de estado, hasta ser vilmente asesinado cuando ya no era Presidente, antes de la eclosión de la Guerra del Pacífico.

Todos; aquí conocemos la tragedia política que fue el siguiente gobierno de Mariano Ignacio Prado y la tragedia militar que significó la Guerra con Chile y los años siguientes a esta hecatombe, con un país fracturado por gobiernos fragmentarios que rivalizaban en su caótico proceder. El gobierno del General Iglesias no contribuyó en nada a mejorar la enseñanza médica, al pisotear la autonomía universitaria y producir a renuncia masiva de todo el profesorado.

Carrión fracasó la primera vez que se presentó al examen de ingreso a la Facultad de Medicina que debería servir de consuelo a muchos padres de familia). Esto sucedía en 1879, cuando se iniciaba la Guerra con Chile. Recién pudo ingresar al año siguiente, cuando ya la tragedia nacional tenía terribles repercusiones sobre la enseñanza médica. El presupuesto para esta actividad resultaba tan exiguo que todos los profesores dejaron de cobrar sus sueldos. Carrión inició sus clases en el local de la Plaza Santa Ana y en el Hospital 2 de Mayo, pero el año siguiente, las tropas chilenas convirtieron la Escuela de Medicina en Cuartel y el 2 de Mayo en Hospital Militar, por lo que las oficinas de la Facultad estuvieron funcionando en los domicilios de Ulloa y de Odriozola, Carrión y sus condiscípulos iban al domicilio de sus maestros a recibir las clases. Sin embargo, las circunstancias de la guerra permitieron que los estudiantes tuvieran amplias oportunidades para realizar sus prácticas en los diversos hospitales y, cuando el invasor se retiró, Carrión hizo su externado, tanto en la Maison de Santé como en el Hospital 2 de Mayo.

De todas maneras, tan deficiente era la enseñanza que todos los informes de la época son documentos pesimistas y desalentadores. El informe del Dr. Corpancho denunciaba que la Facultad estaba en el estado más lamentable de decadencia y de postración... "Esto produjo un éxodo estudiantil. El mismo Decano Odriozola envió a su hijo Ernesto a continuar sus estudios en Francia al lado de otros condiscípulos de Carrión. Aquel hizo todo lo posible por sumarse a ellos, pero su magra economía no se lo permitió. Parece que, a pesar de la buena economía de su padrastró, Carrión era tan pobre que por alguna razón no pudo siquiera hacerse socio de la recién fundada unión Fernandina, un grupo de estudio de los jóvenes médicos y estudiantes de entonces.

En 1870, durante la construcción del Ferrocarril Central, se produjo una grave epidemia de verruga. Cada durmiente de la vía férrea costó una vida humana. El terrible y mortal costo de camino de fierro que uniría Lima con Su Ciudad natal, no podía dejar de hacer profunda mella en la mente de Carrión. Hasta el momento del sacrificio, los únicos trabajos científicos que se habían publicado sobre la verruga peruana eran los de Tomas Salazar y de Armando Velez. El primero, más integral, era ya clásico en ese momento. Pero la ausencia de información científica sobre esta enfermedad que tantas vidas peruanas había tomado provocó que, a instalarse, la Academia Libre de Medicina convocara a un concurso para estimular la investigación sobre este tema una semana más tarde, Carrión se inoculó. ¿Locura? ¿suicidio? ¿aventura irresponsable? ¿desesperación patriótica? Fue en 1885, el mismo año en que Pasteur hizo su primera prueba humana de la vacuna contra la rabia inoculando el virus a un muchacho llamado José Meiser.

No olvidemos que la agitada discusión acerca de la contagiosidad de la sífilis secundaria o terciaria solamente fue resuelta cuando la mano de Gilbert, de la Academia de Medicina de París, realizó las inoculaciones humanas probatorias. Todo eso sería penado por la Ley de hoy día. Pero, no era inalcanzable entonces, a los estudiantes de Medicina, la notable obra de Follin sobre patología externa, donde se hablaba con respetuoso entusiasmo de inoculaciones y de autoinoculaciones humanas con diversos procesos patológicos. Así se había logrado resolver grandes incógnitas de la patología humana y, como remarcó el Dr. Villar, la Gazeta de Hospitales de París de abril del año que murió Carrión, daba cuenta de la "felicitación con aplausos" con que el Congreso Francés de Cirugía había premiado al Dr. Garé por haberse inoculado con la sangre de enfermos de osteomielitis con fines de investigación.

Hacia muy poco tiempo que, en una epidemia de cólera en Egipto, el Dr. Koch, notable científico alemán descubridor del bacilo de la tuberculosis, había inoculado a un colega suyo, el Dr. Strauss, con sangre de un paciente. El Dr. Strauss murió a consecuencia del cólera así adquirido. Y en el laboratorio del Profesor Vulpian, en París, el Dr. Bochefontaine había muerto después de ingerir píldoras de heces; desecadas de enfermos de cólera, probando así el mecanismo de la epidemia.



PANCHO FIERRO: En el hospital

No era pues; una idea descabellada la de Daniel Carrión ni fue negligencia culpable de sus maestros que, sabedores de la intención del héroe, y después de haber tratado de disuadirlo, fueron testigos del acto inicial del sacrificio cuando, al lado de los hechos mencionados era frecuente oír hablar de médicos y estudiantes que en otros países se habían tratado de inocular cáncer o difteria ... "seres superiores... de espíritu fuerte..." decía entonces el comentario"... que cuando van en pos de la verdad o de un hecho útil a la humanidad, se sacrifican y arrastran todo peligro ...

"Los maestros de Carrión, sea dicho en honor a la verdad, mostraron poco o ningún interés por la salud de su discípulo hasta los últimos momentos en que el clamor de los otros; estudiantes y la gravedad del héroe los obligó a hospitalizarlo en la Maison de Santé para hacerle una transfusión que nunca se llevó a cabo. Consumada la muerte, las amargas rivalidades entre los partidarios de Corpancho y los de Odriozola atizaron el fuego de admirada indignación que la muerte del joven estudiante produjo en la comunidad.

Fueron sus condiscípulos los que con mayor dignidad y honestidad lo defendieron y ensalzaron haciéndolo miembro activo póstumo de la unión Fernandina. Con evidente complejo de culpa, los doctores de la Academia Libre de Medicina lo nombraron Académico de número. Pero, la amarga disputa que ensombreció el ambiente módico de entonces, hizo olvidar el famoso concurso que había llevado, a Carrión al sacrificio y el premio nunca fue adjudicado a nadie.

Fue una mañana gris de agosto de 1885 cuando Daniel Carrión se inoculó el producto del raspado de un botón verrugoso. Entonces, como ahora, la actividad de curar era para muchos médicos, una simple ocupación y, para otros una respetable profesión. Pero no quedan muchos, que consideren la Medicina lo que fluía para el estudiante que recordamos:

Para él, la Medicina no fue ni una ocupación ni una profesión. Para él, la Medicina fue una religión.